

LA INMACULADA CONCEPCIÓN

1ª lectura (Génesis 3, 9-15.20): *Madre de todos los que viven.*

Salmo (97, 1.2-3ab.3c-4): *«Cantad al Señor un cántico nuevo»*

2ª lectura (Efesios 1, 3-6.11-12): *Él nos ha destinado a ser sus hijos.*

Evangelio (Lucas 1, 26-38): *El Espíritu vendrá sobre ti.*

El papa Pablo VI escribió que el tiempo de Adviento era seguramente el tiempo más adecuado para recordar y rezar a María. Incluso podríamos decir que lo es bastante más que otros tiempos que tradicionalmente se le han dedicado.

María está muy presente en todo el camino de espera de la venida del Señor. Es modelo de Esperanza de la Iglesia. María es una joven sencilla, israelita fiel, conocedora de la esperanza de su pueblo, y, a esa joven, Dios la llama a ser la madre del Mesías. Y ella responde con humildad y con mucha fe a la llamada, y se dispone a recibir en su seno al Salvador del mundo.

Y se convierte, así, en la mensajera de la alegría de Dios, la portadora de la Buena Noticia para la humanidad: la Buena Noticia que no es ninguna teoría, sino una persona, un niño que se forma en su vientre y que nacerá en un establo de Belén, aquella pequeña ciudad cargada de recuerdos de antiguas glorias.

En el tiempo de Adviento, nosotros, esperamos al mismo que María esperó con maravilloso amor de Madre. Porque nunca como en este tiempo nos sentimos tan unidos a María, haciendo lo mismo que ella.

En esta espera vemos que la primera frase de parte de Dios a los hombres, cuando el Salvador se acerca al mundo, es una invitación a la alegría. Es lo que escucha María: *«Alégrate, llena de gracia»*. Alégrate, es la palabra última y también la primera de la gran liberación que viene de Dios, no es odio, sino alegría; no condenación, sino absolución. Cristo nace de la alegría de Dios y muere y resucita para traer su alegría a este mundo contradictorio y absurdo.

Pero hay algo más. ¿Cómo se puede ser feliz cuando hay tantos sufrimientos sobre la tierra? ¿Cómo se puede reír, cuando aún no están secas todas las lágrimas, sino que brotan diariamente otras nuevas? ¿Cómo gozar cuando más de las dos terceras partes de la humanidad se encuentra hundida en el hambre, la miseria o la guerra?

La alegría de María es el gozo de una mujer creyente que se alegra en el Dios que levanta a los humillados y dispersa a los soberbios, que colma de bienes a los hambrientos y despidе a los ricos vacíos. La alegría verdadera es posible en el corazón del hombre que anhela y busca justicia; libertad y fraternidad entre los hombres. María se alegra en Dios, porque viene a consumir la esperanza de los abandonados.

Solo se puede ser alegre en comunión con los que sufren y en solidaridad con los que lloran. Solo tiene derecho a la alegría quien lucha por hacerla posible entre los humillados y despreciados. Solo puede ser feliz quien se esfuerza por hacer felices a otros.

La segunda frase que escucha es: *«No temas, María»*. Lo mismo que Jesús resucitado dirá a sus discípulos: *«No temáis»*. Lo mismo que nos dice hoy a nosotros. María vivirá sin temor desde aquel día hasta la cruz. Sin temor es como Jesús nos pide que vivamos.

No se trata del temor que podamos tener en un momento determinado, por alguna amenaza, sino el temor profundo del quien no espera ya nada de la vida, de quien no encuentra ningún sentido a la existencia. La invitación del ángel, la invitación de Jesús es para confiar. Viviendo en esta confianza el temor dejará lugar al testimonio valiente, el que dio María, el que dieron los primeros cristianos.

Y como el Señor está en ella, la respuesta de María es: *«Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra»*. Que la palabra de Dios se convierta en vida. La vida de María fue palabra de Dios, no una palabra escrita en un papel sino una palabra viva. Dejándose conducir por el Espíritu, María hizo que Dios pudiera hablar a través de ella, de su vida sencilla, de su fe profunda, de su maternidad, de su servicio a Isabel, de su mediación en las bodas de Caná...

Este es el ejemplo que hemos recibido de María. En su maternidad, la Palabra de Dios se hizo hombre en Jesús. También nosotros podemos *“dar a luz”* a este Dios hecho hombre si, a través nuestro, dejamos pasar la Palabra de Dios. Si por medio de nosotros, en la coherencia de nuestra vida, mostramos al mundo que se cumple esta palabra. La Palabra de Dios que escuchamos o leemos en la Biblia, será estéril sino la convertimos en vida. Las palabras, las frases que leemos y escuchamos, son letra muerta si no somos capaces de llevarla a nuestra vida.